



El chico de las persianas

Por Marifer Michel

Para Luis, el de las persianas

Una **cosquilla-presagio** despierta a Marisa. Se quita de un golpe el edredón y se levanta de la cama; va a la cocina a preparar café. No se quedará a ver caricaturas ni a comer un litro de helado y dulces este sábado. Hoy saldrá de cacería.

Guarda en el fondo del armario el disfraz de mujer extraterrestre. Ahora que por fin está sola, se pondrá el vestido morado entallado y tacones. Será una *lobuki* en busca de un *mirrey*. Las ansias no la dejan pensar, sigue con el presagio incrustado en el estómago. Coloca rímel en las pestañas y color fucsia en los labios, más perfume del habitual y se alborota la melena. El vestido con dificultad le cierra. Tiene que oprimir el estómago para lograrlo. Cuando suelta el aire, percibe que le aprieta. Al verse en el espejo se toma una *selfie*. Antes de salir practica con los tacones; parece robot, pero se contonea como actriz de taranovela.

Al llegar al antro-bar-lounge llamado “No culpes a la noche”, se encamina a la barra con pasos sensuales y pide una copa de champañ

ña con una cereza. Se desilusiona al notar que la mayoría de los *mirreyes* ya están acompañados. Un trago es mejor compañía que un hombre con *frutilupis* en la cabeza.

Un muchacho, muy lejos de ser *mirrey*, un *hipster*, se acerca a la barra, pide un mezcal orgánico de guayaba y, como diría Corín Tellado, sus miradas se cruzan. Se sienta a su lado y le pregunta qué está bebiendo; ella pide otra copa, ahora con doble cereza. La plática gira sobre directores de cine suecos y escritores serbios, aunque él se dedica a instalar persianas. Casualmente, a ella le urge instalar unas. Marisa pregunta dónde trabaja y al oír su respuesta una de las cerezas sale disparada sobre la mejilla de él, resbala y cae dentro de su chaleco. Su número está registrado en el celular del chico. Llamó el día anterior para concertar una cita y tomar medidas para las persianas. Se quedan atónitos por varios segundos. Ella saca la cereza del chaleco, la chupa despacio y se la ofrece con los dientes; el muchacho la recibe, se la ensarta en los labios, se acerca

a su boca y la besa. Limpia su celular sin parar de besarla y se carcajean sin dejar de lado el asombro. Se besan con sabor a mezcal y a cereza burbujeante, mientras de fondo suena *La incondicional*.

Marisa paga la cuenta. Lo toma de la mano y salen del lugar abrazados, tambaleándose y besándose. Él desliza un dedo por su mejilla, le susurra al oído lo agradecido que está con la casualidad, por su encuentro y que no la dejará escapar. Acaricia con su nariz la oreja de Marisa produciendo cosquillas de ternura.

Llegan a una *pick-up* oxidada. Ella se sube con dificultad. En el retrovisor cuelga una sirena dibujada en un gafete de un festival de música *indie*. En el estéreo suena un cd de Caloncho. En el compartimento de la puerta hay un libro de Pavic; Marisa lo guarda discretamente en su bolsa. Le sonrío maliciosa. Al acomodarse en el asiento encuentra un flexómetro metálico y comienza a jugar. Él pone en marcha la camioneta; conduce a un lugar aislado donde se estaciona. Saca cigarros de la guantera y le ofrece uno, lo toma sin quitarle la mirada. No hablan ante la provocación de la piel y la música como afrodisiacos, hasta que él arroja de un manotazo al suelo la libreta, lápices, muestrarios, facturas, etcétera. La atrae con fuerza, se besan bruscamente, le muerde el labio y la monta sobre él, mientras sigue sonando la canción: *Quiero que me rompas el hocico a chupetazos, quiero que me sometas y amarres de los brazos, y quiero que me dejes todo el cuerpo hecho pedazos, y quiero rozarte,*



acariciarte con mis labios, inolvidable, para siempre ieeeh... Los cristales se empañan con sus jadeos. Marisa besa su cuello hasta subir a su oreja y la mordisquea. Le quita los lentes y posa sus labios sobre los párpados, los lengüetea y su respiración se acelera. Él le arranca la tanga y la avienta a un lado. La palanca de velocidades se le incrusta en la pierna; se mueve para no sentirla. Con dificultad logra desabrocharle el pantalón. Él baja el cierre del vestido y desajusta el brasier para convertir sus pechos en una paleta. Un calor la irrumpe. Coloca la cinta del flexómetro alrededor de su cuello y se sujeta de él; la sensación metálica la excita, se encorva y balancea lento con el espasmo a punto de estallar. Se mueve en círculos y él sigue su ritmo, acaricia su espalda y un escalofrío recorre la piel de Marisa. Sus ojos cristalinos le anuncian el final y la humedad la invade. Un grito sale de su boca, lo aprisiona con las piernas y se deja ir. La sirena del gafete la mira sintiendo como si ella nadara muy rápido dentro y la alentara a no parar. Ahora la sirena flota en su fluido caliente, sometiéndola. Suspira para después gemir fuerte y arañar la vestidura del asiento. Se besan con más fuerza, rasguñándose la espalda y ella lengüetea su cuello torpemente, bañándolo de saliva. Se viste deprisa aún jadeando y se da cuenta de que la tanga está rota y la mete a la bolsa sin dejar de sonreír al mirar el libro de Pavic. Él la abraza y Marisa lo rechaza. Sorprendido, la mira y se queda en silencio para después fumar



Artes

Ilustraciones: Gustavo Contreras



otro cigarro pausadamente, mientras espera que termine su canción favorita: *Qué rico hueles a tropical, Pepino con chile y sal de mar...*

Arranca la camioneta para llevarla hasta su coche. La mirada habla por ellos. Al bajarse de la *pick-up* le dice que se ven el lunes para tomar las medidas de las persianas. Marisa asiente con desdén. Trata de besarla, pero lo esquiva y se aleja haciendo una seña de adiós con la mano.

El lunes suena el timbre y Marisa abre la puerta. Al chico de las persianas se le desaparece la sonrisa cuando la ve cargando a una bebé. Se dice a sí mismo que puede ser su sobrina. Caminan hacia el desayunador. El marido de Marisa lee el periódico y lo deja a un lado al verlos; se levanta de la silla, la besa en los labios y acaricia

la cabeza de la bebé. El chico de las persianas palidece y sus ojos se hacen platos; el esposo le dice cómo quieren las persianas, pero él no presta atención, sigue pasmado. En la habitación, el chico de las persianas mira la cama donde hay una maleta abierta a medio deshacer, junto a ella un boleto de avión y un portafolio. El marido tiene que repetirle dónde quieren las persianas, entonces reacciona, pero toma mal las medidas. No dejan de tem-

blarle las manos y el esposo le ayuda con el flexómetro. Marisa escucha el sonido de la cinta y se siente incómoda. Cuando ven el muestrario con las telas, el muchacho no para de tartamudear. El esposo le susurra “qué tipo tan raro”; Marisa sólo asiente. El chico se apresura a terminar su trabajo y avienta sobre la mesa el presupuesto. El marido decide ya no contratarlo, lo corre de la casa y Marisa se queda sin sus persianas. 🗞



Marifer Michel ha publicado sus cuentos en diversas revistas, diarios, y antologías. Cursó los talleres de narrativa de Guillermo Samperio, Beatriz Escalante y Alberto Chimal, entre otros. Actualmente es alumna de la Escuela de Escritores Mexiquenses “Juana de Asbaje”, donde estudia el Diplomado en Creación Literaria, y está preparando su libro *Mujer extraterrestre*.

